

TIERRA REGIOMONTANA

Maravillosa tierra regiomontana
en que Don Diego quiso plantar su tienda,
como el repique de oro de una campana
tierra de mis abuelos es tu leyenda.

Naciste a las orillas de la fontana
y descalza corriste por la pradera,
tejiendo con celajes de la mañana
los bellos tafetanes de tu bandera.

Fue la indígena sangre cuapaliguana
la que manchó la espada del español,
y así te bautizaron noble y cristiana
a los fervidos rayos de un nuevo sol.

Olvidaste tus ritos y tus costumbres
cambiándolos por otros de nueva luz,
y al quemar a tus ídolos, sobre las cumbres
que guardan sus cenizas, surgió la cruz.

Y mis ojos te vieron en la sumisa
obediencia del indio de la montaña,
inquieta y presurosa correr a misa
envuelta en la penumbra de la mañana.

Plumas y taparrabos de huachichiles
cambiáronse por trajes muy españoles,
pude ver a tus hijos con los mandiles
y las yompas azules con overoles.

Yo te conozco tierra desde pequeña
y te he visto creciendo con osadía,
hace más de tres siglos que eras risueña
sin radios ni autobuses y sin tranvías.

Yo te vi tierra mía ir a la escuela
con el fardo de libros sobre la espalda,
fuiste buena estudiante que se desvela
aprendiendo lecciones en el Ripalda.

Después ya señorita te vi ligera
vestida de domingo en noches gratas,
esparciendo fragancias de primavera
en bailes y tertulias y serenatas.

¡Cómo no he de acordarme!, pues sin ser rico
contigo de la mano pasear solía,
íbamos los domingos a Topo Chico
volando por los rieles de aquel tranvía.

Otras veces, sintiéndote gran señora
y por darme alegría sana y risueña,
a pasar días de campo a la Pastora
me llevabas saltando entre la breña.

San Jerónimo quiso darnos su sombra
a la orilla del agua fresca y sonora,
y contigo tendido sobre la alfombra
de la yerba olorosa, gocé la hora.

Trepamos por San Pedro con nuestra carga
de ilusiones nacidas en breve siesta,
y fueron las espaldas de Loma Larga
testigos fidedignos de nuestra fiesta.

Desafiando temores y cobardías
osamos valerosos trepar la sierra,
¡qué paisajes tan bellos, tus mediodías
son cual lluvia de fuego, mi linda tierra !

Abajo el humo denso de chimeneas
teje la negra trenza de tu belleza,
arriba zumba el vuelo de las ideas
que te han dado la fama y la riqueza.

Cómo recuerdo tierra tu tierna infancia
sin esclavos, sin parias, también sin amos,
cuando tus hijos dueños de la abundancia
daban kilos cabales con sus mil gramos.

Entonces tú guardabas en la alcancía
del marrano de barro pesos y reales,
y tu pueblo ¿recuerdas?, comer solía
esponjadas saliendo de los comales.

También te vi empuñando la *treinta treinta*
defendiendo la enseña de tus mayores,
la bendita bandera que en la tormenta
a todos nos cobija con sus colores.

Ahora ya tienes bancos, ganadería,
hablas de tus industrias, de agricultura,
cubren tu cuerpo joyas y pedrería
y eres mi linda tierra, otra criatura.

Casi no me conoces, tierra dichosa,
porque yo sigo siendo humilde y pobre,
pero has de abrir tu entraña donde mi fosa
cuidará que mi cuerpo jamás zozobre.

Has de ofrecerme el hueco de tu regazo
tierra regiomontana, tierra bravía,
y has de estrecharme, Madre, en el abrazo
que ha soñado la musa de mi poesía.

HIMNO A MONTERREY

Coro

¡ Monterrey!... ¡Monterrey!... ¡Monterrey!...

Tu nombre se escucha
brillante, sonoro,
lo dicen a coro
la gloria y la fama;
lo canta la historia
y el pueblo te llama,
con toda justicia:
¡Del norte, Sultana!

Estrofa

Eres cuna de heroicos guerreros
y regazo de ilustres varones,
que en la seda de sus pabellones
orgullosos tu nombre pusieron.

Ellos glorias y fama te dieron
y así honraron tu grata memoria,
y en el libro de luz de la historia
tus hazañas por siempre escribieron.

Coro

¡Monterrey!... ¡Monterrey!... ¡Monterrey!...

Repica tu nombre
la voz de tu acero,
hay un tesonero
afán de nombrarte,
y en el justiciero
deseo de loarte,
hay en la leyenda
de cada estandarte,
la luz de tus fraguas
la luz de tu cielo.

Estrofa

Tus industrias son rico venero
que a tu pueblo dan bien y riqueza,
y hay en el sonoro tañer de tu acero
del hombre del norte, valor y franqueza.
Tus montañas, tu valle, tu cielo
son testigos de heroicas batallas
defensoras de tu honra y tu suelo.

Coro

¡Monterrey!... ¡Monterrey!... ¡Monterrey!...

Tu nombre se escucha
brillante, sonoro,
lo dicen a coro
la gloria y la fama;
lo canta la historia
y el pueblo te llama
con toda justicia:
¡Del norte, Sultana!

CANTO A MONTERREY

Desde lo alto de tus serranías
do se acuestan el sol y las estrellas
y la luna de plata,
donde engranan sus églogas los pinos
y los cenizales cantan;
desde los bravos riscos
donde juegan los rayos de los astros
y desde los peñascos
por donde salta el agua cristalina
acariciada por la luna nueva,
admiró Carvajal y de la Cueva
tu hermoso valle que en color se viste,
y desde entonces la escogida fuiste
para servir de albergue a aquella grey,
y fuiste desde entonces Monterrey,
la Villa más hermosa y más feliz
bautizándote Villa de San Luis.

Nacieron tus viviendas cierto día
junto a las aguas de Santa Lucía
que apagaron la sed del español,
y hubo fiestas y ritos y jolgorio,
en honor del varón de Mogodorio
que para nuestro bien o nuestro mal,
llegó de Portugal,
y a la sombra de moras y aguacates,
de frondosos nogales y viñedos,
contagiados del alma del paisaje,
hicieron alto de su largo viaje
los nobles caballeros;
y en la quietud umbrosa de tus frondas,
y de las aguas a las mansas ondas
en las márgenes frescas de tu río,
levantaron alegre caserío
que albergó hospitalario y paternal
a D. Luis Carvajal.

Temblaron el zarzal y la maraña,
un eco rumoroso recorrió la montaña,
y aquella noche en que encendió su lumbre
el rito de Borrados y Güinales,
fuera de su costumbre
lloraron los nopales,
y los Cuapaliguanes
del país de Ahuízotl,
apuntaron sus flechas
a donde sale el sol,
y el sol asomó rojo
y en su saña,
tostó los blancos rostros
de los hijos de España.

El Cerro de la Silla
en su coraje,
era como una mancha
sobre las esmeraldas del paisaje;
y los veneros de Santa Lucía
dejaron de llorar en aquel día
pensando en la venganza del ultraje,

y la selva calló, y en el celaje
de aquella primavera,
tembló una lágrima
que era
como una imprecación,
y por la vez primera
de labios de Popoca y de Catara
brotó una maldición.

Hirvió la sangre indiana
y en un grito
que llenó de terror el infinito
perforando el azul de la mañana,
Huachichiles y Pames y Borrados,
y bravos Malincheños,
como dueños
de aquellos valles
que la luna baña,
sintiéndose vejados
arrojaron
a los hijos de España.

Prosiguieron su marcha los extraños
y el valle quedó en paz por muchos años.

Pero llevaban hondo, en sus pupilas,
el verde de tus montes,
y tus flores,
y tus vastos y azules horizontes;
la sinfonía de tus ruseñores
acariciaba grata el oído
de los conquistadores,
y el ruido
de tu mansa corriente
les gritaba:
¡Detente!
y el viento en la maleza
insinuaba:
¡Regresa!
y así cantó el aroma
y el cristal del torrente,
y el alto monte
y la tranquila fuente;
y escuchando D. Diego aquel rumor,
regresó con la fama
de los Montemayor.

Y en los lugares en que ya sabía,
junto a las aguas de Santa Lucía
que pintaba de rojo el astro rey,
te fundó, Monterrey,
y surgiste laboriosa y fuerte
con la pujanza férrea del hispano,
que desde entonces con su recia mano
te arrancó de las garras de la muerte.

Así naciste tú, ciudad hermosa,
emporio de la industria y del trabajo,
ciudad en donde el hombre que está arriba
sabe tender la mano al que está abajo.

Por eso eres así, trabajadora,
y en el milagro rojo de tus fraguas
que matiza el misterio de tu lumbre
la sed y el hambre de tu pueblo apagas,
y en agitada lucha, en cada hora,
noble y bella señora,
vas labrando tu fama, y es costumbre
de tus hijos honrados, laboriosos,
estar unidos para ser dichosos.

Tus hijos son de acero
pero sienten;
tus hijos son de acero
pero quieren;
y es verdad la leyenda que predica
que el acero perfuma,
canta y hiere;
son de acero tus hijos
pero sueñan
en la grandeza
de su Patria chica.

Y son guardianes de tu paz sencilla
que en el crisol de tus industrias arde,
el Cerro de la Mitra, el de la Silla,
y las montañas de la Sierra Madre.